

ropa y en Asia una memoria romancesca y poética, perpetuada entre los otomanos y los cristianos por sus amores, sus aventuras, sus infortunios y sus poesías. Es el Carlos Eduardo mas perfecto de los Estuardos de Inglaterra, trasportado á la patria y á la casa de Othman. La historia, la novela, el poema se disputan su nombre; pero él mismo ha sido su propio historiador, y los turcos, que recitan hoy sus cantos, lo cuentan en el número de los poetas mas vehementes, mas amorosos y mas heróicos de su lengua. Con piadosa compasion se visita su tumba bajo los plátanos de la mezquita de Brusa. *Flor cortada del tallo de Mahomet II sobre el sepulcro del conquistador*, como él habia dicho de sí mismo en dos de sus versos. No ha tenido el imperio de Bajazet II, pero ha poseido el imperio de la imaginacion sobre los otomanos.

---

## LIBRO DÉCIMOSEPTIMO

## I

Volvamos á Selim I.

Los hombres que deben su soberanía usurpada á cómplices, no pueden conservarla sin saciar ó sacrificar á estos autores de su criminal elevacion. El que sube al trono por la escalera del crimen, se mantiene en él con una sanguinaria tiranía.

Tal era la situacion de Selim al dia siguiente de la muerte natural ó el asesinato de su padre.

Los embajadores europeos, que residian entónces

en Constantinopla, nos hacen de este príncipe, en sus despachos á sus córtés, un retrato siniestro, perfectamente conforme con la idea que su reinado debia imprimir mas tarde acerca de él en toda la Europa. Su figura ofrecia los rasgos de su carácter puesto en relieve.

« Hombre de cuarenta y seis años, dicen, pero á « quien su vigor de cuerpo, mantenido por el ejerci- « cio continuo de las armas, rebaja al ménos diez y « siete años, y que parece solo de treinta y seis; de « un aspecto feroz y enteramente soldadesco, indife- « rente á todo lo que no fuese la guerra; de color en- « cendido, de fisonomía cruel, y por esta analogía de « costumbres, amado de los genízaros; sus piernas « eran torcidas, alto de cuerpo, su rostro lleno y re- « dondo, sus mejillas sanguíneas; sus ojos saltones y « movibles tenian un brillo irresistible; sus cejas ne- « gras y espesas se cruzaban sobre la frente; no lle- « vaba barba como los árabes, pero la costumbre de « vivir con los circasianos le habia hecho adoptar el « uso de dejarse crecer los bigotes, que sombreándole « el labio superior y bajándole por los extremos de « la boca, daban un carácter terrible á su fisonomía. « Este exterior feroz era realzado por el esplendor « del traje y de las armas, lujo del soldadó. Su caf- « tan ó túnica era de púrpura y oro; los bordados

« daban á la tela la solidez de un metal; su gorro de « escarlata, á la usanza del de Amurat y el de Maho- « met II, sus antepasados, desaparecia enteramente « bajo los anchos pliegues del retorcido schal que « convertia su turbante en una corona. »

*Puesto que los grandes dignatarios del imperio y del serrallo se presentan ante mí, decia él, con gorros de oro puntiagudos y redondeados en forma de cúpulas, una corona semejante á la de los reyes de Persia es el único adorno digno del sultan de los otomanos.*

## II

Esta apariencia feroz y soberbia á la vez encubria sin embargo en Selim I algunos instintos del gobierno de un gran pueblo, y aun alguna instrucción que causaba sorpresa ver en él. Su sentido es bueno, su genio audáz; su cólera la impaciencia de su voluntad; su despotismo sin réplica, era el orden á todo trance en su imperio y en sus ejércitos. Su mirada pronta y segura descomponia los caracteres; penetraba las intenciones bajo las palabras; escogia bien

sus instrumentos y los hacia pedazos despues que lo habian servido; infatigable en el consejo como á caballo no se quejaba nunca del trabajo con sus visires; sin aficion á los placeres de la mesa, de los jardines, ó del haren, disputaba las horas al sueño para consagrarlas á la vigilancia de su administracion. En nadie se fiaba para ejecutar las leyes y los reglamentos de policia. Semejante á los kalifas árabes de Bagdad y Damasco, salia frecuentemente de dia y de noche de su serrallo, con disfraces que no permitian sospechar que fuese el sultan, para ir á escuchar la voz del pueblo en los cafés, en las tiendas y los cuarteles. El pueblo, los soldados, los magistrados, que conocian su vigilancia, lo veian en todas partes para observar y castigar. Por un singular contraste entre su carácter feroz y su cultivada inteligencia, Selim, como su padre Bajazet II y su tio Djem, robaba algunos instantes al trono y á los campamentos para consagrarlos á la poesia, este vestigio de una raza de pastores. La suya era lirica y belicosa como la de Antar, poeta guerrero del desierto. Vestigios de ella existen en esta magnifica imágen en dos versos que caracterizan tan elocuentemente la brevedad y la grandeza de su reinado: « ¡SEMEJANTE AL SOL DE OCCIDENTE, HE EXTENDIDO SOBRE LA TIERRA UNA SOMBRA  
« INMENA ! »

No tiene Job simil mas vivo entre la rapidez de la vida y la grandeza de los recuerdos, que el que deja aquí abajo un nombre que se desvanece.

La crueldad era mas bien en él un terror sistemático que una ferocidad natural. Primero se concretó á su familia, á sus rivales, á sus servidores. Desde su advenimiento al imperio, el pueblo miraba los destinos públicos que acercaban á él á sus cortesanos como tan peligrosos, que un turco, queriendo maldecir á otro le decia: « ¡Ojalá llegues á ser visir de Selim! » Esta era la fórmula que se empleaba para desear la muerte á su enemigo. Con efecto, sus visires en Crimea y en Turquía, pasaban frecuentemente del divan al suplicio. « Así, dice el historiador otomano, Solakzade, *llevaban siempre su testamento « debajo de su traje, y al salir del consejo, se miraban « como si hubiesen resucitado.* »

El gran visir Ali-bajá, dos veces visir bajo Bajazet II, y vuelto al poder por Selim, le dijo un dia con la libre ironía de un hombre que no arrostra un abismo, sino despues de haber medido toda su profundidad: « Mi padischah, sé que mas pronto ó mas tarde « me harás morir, á mí, tu fiel esclavo, con el primer pretesto que te se presente; ántes que llegue « ese dia, concédeme algunos de libertad para que

« pueda arreglar mis asuntos mundanos, y prepárame para el juicio de Dios! »

« Pienso en ello con efecto tiempo hace, » le respondió el sultán con una carcajada que no disimulaba en verdad la alegría que le causaba la muerte, « y la única cosa que me impide concederte hoy lo que deseas, es la dificultad de hallar un gran visir que te reemplace. »

No se entregaba á mas distracciones que á las del ajedrez y la conversacion con los poetas; pero sus desazones eran sangrientas, aun en la explosion de su perpétua cólera.

En los primeros dias de su reinado, habiendo oido hablar de tres poetas turcomanos que habian ido á Constantinopla para recitarle versos en loor suyo, mandó que fuesen llevados á su presencia. Estos tres hombres rústicos, ignorantes de la etiqueta de las córtes, se arrojaron con tan torpe precipitacion á sus piés para besar su mano, que le tocaron con las vainas de sus sables. El sultán ordenó que les cortaran la cabeza por aquella involuntaria profanacion de la majestad real. Un momento despues conmutó esta pena en cien palos dados á cada uno de ellos en las plantas de los piés; por fin, ablandado por sus súplicas, y temiendo profanar en ellos el caracter de literatos, los despidió perdonándolos. Al dia siguiente apa-

recieron los tres poetas en su audiencia, vestidos con la indigente sencillez de sus montañas, para recitar sus poesías, cuya lectura habia sido tan desgraciadamente suspendida la víspera. Despues de haberlos escuchado un instante, Selim, ofendido por la grosería y la indecencia de sus versos, los mandó echar con ignominia del serrallo: « La poesía, dijo á sus cortesanos, es un vaso en donde no se deben verter esas inmundicias. »

### III

Selim I salió de Constantinopla para volver con el duelo de su padre. Los genízaros, ansiosos de tomar con él posesion del reino, lo aguardaban formados en las calles por donde debia pasar para entrar en el serrallo. Segun la costumbre de esta milicia, cuando comenzaba á agitarse ó á manifestar su descontento, los soldados entrechocaban en silencio sus armas para formar un ruido ferreo muy significativo para su sultán. Era el síntoma de una exigencia de gratificacion por el imperio que daba su movimiento sedicioso, y cuyo pago aguardaban sin la menor tardanza.

Prevenido Selim por esta actitud de los genízaros, quiso desde el primer día romper este yugo. En vez de entrar por las calles en que lo esperaban, volvió su caballo hácia el mar, siguió las murallas exteriores hasta las Siete Torres, y entró en un caique en el serrallo.

Pero como los genízaros no se dispersaran, y el murmullo creciera por instantes, llegando á penetrar en lo interior del serrallo, Selim pareció doblegarse y les envió una gratificación dos veces mayor que la que habian recibido en tiempo de Mahomet II y de Bajazet II. La subasta del imperio fué así sancionada por la vez tercera. Solo, que, como para circunscribir su forzada liberalidad á los genízaros, Selim derribó con su propia mano la cabeza de un jefe de *Sandjak* (ó feudo) que pretendia la misma gratificación para sus spahis.

## IV

La primera aparición de los rusos en los asuntos Otomanos data de fines del reinado de Bajazet II y de los primeros días del reinado de Selim I. La sal-

vaje brutalidad de este pueblo, que comenzaba apenas á entrar en la vida política, y que ignoraba todavía lo que era la cultura de las razas orientales, tiene mucha analogía con la actitud del último embajador de los rusos en Constantinopla en 1853, para que no sea observada por los historiadores.

Juan III, príncipe de Moscú, envió á Miguel Plesttscheief á negociar con la córte de Constantinopla un tratado de libre comercio en los estados del sultan. Plesttscheief tenia orden de su soberano de no hincar la rodilla ni ante Bajazet II ni ante Selim, de no conferenciar con los visires como órganos del gobierno, sino de tratar con los sultanes mismos, y de no ceder la precedencia á ningun embajador de las potencias de Europa ó de Asia. Plesttscheief sobrepujó la insolencia de su córte. Afectó desdeñar los usos de la nacion que lo recibia; rehusó asistir al banquete dado en su obsequio por el festin, devolvió los trajes y los presentes diplomáticos que el divan le ofreció. Las ofensas que hizo á las costumbres otomanas y á la majestad del sultan sublevaron la indignacion de los embajadores de Occidente. « El soberano « de los rusos, » escribió el sultan, « con quien de- « seo vivamente contraer amistad, me ha enviado « un hombre grosero; yo no puedo pues hacerlo « acompañar á Rusia por ninguno de mis esclavos,

« por temor de que siga insultándolo. Respetado  
 « en Oriente y en Europa, me avergonzaría de expo-  
 « ner ó un otomano á tales afrentas; ¡ que me envíe  
 « un embajador civilizado, ó que envíe un ejército  
 « para sostener sus insolencias! »

Parece que se lee con dos siglos de anticipacion la historia de nuestros dias entre los rusos y los otomanos; el nombre de Plesttscheief es la única diferencia que existe entre aquellos y los actuales.

## V

Mientras que Selim I escalaba así el trono, Korkud, salvado por los genizaros únicamente á causa de la hospitalidad que habia ido á buscar en su cuartel, se habia apresurado á salir de Constantinopla y á refugiarse en Magnesia.

El que no habia respetado el trono, ni la vejez, ni quizá la vida de su padre, no podia respetar la de su hermano que pretendia el imperio. Korkud no tenia ya que disputar el trono, pero sí que defender su vida. Se preparó pues muellemente mas bien á transigir que á pelear. Los fieles amigos de su juventud

que residian en Magnesia, y los que tenia entre los emires de Caramania le formaron un núcleo de partidarios suficiente para defender su cabeza. Mantúvose en una inmovilidad irrepreensible y fuerte á la vez, ofreciendo á Selim I reconocerlo y servirlo, con tal que se le dejase la posesion de su provincia. Una existencia estudianta en medio de los ocios de su palacio de Magnesia lo consolaba fácilmente de la pérdida del trono. La abdicacion es fácil para los príncipes amigos de la sabiduría mas que del poder.

Pero el ambicioso y turbulento Achmet, por tanto tiempo destinado al trono por su padre, y por tantas veces rechazado de él por las amenazas de su hermano, no podia resignarse á la usurpacion de Selim I. La importancia y el aislamiento de su gobierno de Amasia y de Sarukhan, las tropas turcomanas que sostenia por su causa, mas que para seguridad del imperio, los cuatro hijos, ya en estado de empuñar las armas, que habia tenido de varias mujeres, llamados Alaeddin, Murad, Soliman y Othman, le prohibian ceder sin combatir. Mientras que él mismo reclutaba un ejército numeroso entre las tribus belicosas de las montañas de Amasia, el mayor de sus hijos, Alaeddin, atravesó rápidamente la Anatolia con doce mil caballos y se apoderó de Brusa en nombre del sultan, su padre. La posesion de esta capital asiá-

tica próxima á Constantinopla podia contrabalancear aun en Europa, la usurpacion de su tio.

Selim I, con la prontitud de resolucion que le habia valido el imperio, apaciguó pronto con algunas concesiones y suplicios las rivalidades originadas entre sus genízaros y sus spahis por las gratificaciones de los primeros dias de su reinado. Marchó con setenta mil hombres al monte Olimpo para sorprender á Alaeddin en los muros de Brusa. Al mismo tiempo envió su flota á bloquear todas las costas del Asia-Menor, desde el golfo de Alejandreta hasta el de Esmirna, para cortar la retirada por mar á todos los fugitivos de su familia que pudiesen por su evasion causar á su reinado las alarmas que Djem habia dado á Bajazet II.

Alaeddin, demasiado débil para resistir en Brusa al ejército imperial, se replegó rápidamente en busca de su padre Achmet, que ocupaba los desfiladeros de Angora. Achmet, rechazado pronto en las cercanías de Amasia, envió á sus dos hijos, Soliman y Othman, á pedir socorros á Ismael, Schah de Persia.

## VI

Durante este campaña, Achmet habia salido de Amasia con lo mas selecto de sus tropas para acabar con el ejército disperso de su hermano. Habia dejado su haren en la ciudad. Selim I, informado de su ausencia, envió á Amasia un cuerpo selecto de caballería con órden de sorprender la ciudad y de apoderarse del haren y de la familia de Achmet, rehenes que codiciaba para inmolarnos ó venderlos á su hermano.

El gran visir de Selim, era entonces Mustafá-bajá, aquel mismo negociador de Bajazet II que hemos visto tratar con Alejandro VI de la muerte de Djem; hombre de estado hábil pero equívoco, uno de esos políticos que por humanidad ó temor de un cambio de fortuna, conservan amigos en ambos campos. Mustafá hizo prevenir á Achmet que Selim preparaba una expedicion contra sus mujeres y sus hijos. Achmet, emboscado en el camino, cayó con sable en mano sobre el destacamento de caballería, y vengó

en la sangre de estos spahis el atentado que iban á cometer contra su familia.

Una carta interceptada hizo sospechar á Selim I la connivencia de Mustafá en esta decepcion y esta derrota. La sospecha para él era el crimen. Hizo convocar ante su tienda un *divan* á caballo (signo de urgencia y de gravedad entre los turcos). Al presentarse ante él, cada visir recibió un *castan* de honor, favor habitual y significativo de la satisfaccion del señor. El gran visir recibió un *castan negro*, signo de reprobacion y de muerte. Sin esperar mas sentencia, los *chiaux* estrangularon á Mustafá-bajá con una cuerda de arco, instrumento de suplicio tomado del arma nacional de los tártaros, que no deshonraba la memoria al quitar la vida.

Hersek-Ahmed-bajá, anciano cuatro veces probado como gran visir por Mahomet II y por Bajazet II, fué nombrado otra vez para un puesto tan peligroso bajo tal amo.

Selim I, despues de haber hecho pasar á Achmet las fronteras de Persia, volvió con la mitad de sus tropas á Constantinopla. Quería derramar toda la sangre de Bajazet II, que corria por las venas de sus sobrinos. Cinco hijos de sus hermanos, muertos ántes de finar el reinado de Bajazet II vivian cautivos en el palacio de Brusa. Cinco oficiales de los geniza-

ros fueron designados para sacarlos de su prision y conducirlos á Constantinopla. Encerráronlos juntos en una habitacion del serrallo, dejándolos en la incertidumbre de si iban á recibir de su tio la libertad ó la muerte. Una reja y una cortina separaban esta sala del apartamento del sultan. De tal manera temia ser engañado por algun subterfugio, inspirado por la compasion, que quiso ser él mismo testigo, aunque invisible, de su suplicio.

Cinco *chiaux*, con cuerdas de arco en la mano, entraron á una señal de Selim, á ofrecer á aquellos jóvenes la muerte, que miraron con horror, pero sin debilidad. Solo el mas niño, de nueve años de edad, se arrodilló ante los verdugos é imploró la vida con lágrimas, prometiendo que serviria fielmente al sultan en clase de genízaro, por el pan que se le diera á comer y un *aspro* diario. La respuesta fué ahogarlo en presencia de sus primos. Los otros cuatro, agrupados en un ángulo de la habitacion fueron arrancados sucesivamente de los brazos los unos de los otros para espirar sobre la alfombra. El último, joven de veinte años, hijo de Alem-schah, dotado de una inteligencia, de una belleza y de un vigor heroicos, quiso vengar, al ménos al morir, el asesinato de su estirpe. Armado de su yatagan, que habia ocultado bajo sus vestidos, luchó con desesperacion contra



sus asesinos, derribó á cuatro, y cortó la mano al quinto. Iba á salvarse, cuando Selim I, recorriendo las cortinas que lo separaban de sus víctimas, llamó á otros chiaux en socorro de sus desarmados camaradas. El hijo de Alem-schah, despues de un nuevo combate, sucumbió por fin, y su cuerpo cayó sobre aquel monton de cadáveres. Por un hipócrita respeto del rango, despues de haberles quitado la vida, los desgraciados príncipes fueron llevados á Brusa por los genízaros que los habian conducido al suplicio, y sepultados con pompa en la tumba de su abuelo Amurat.

## VII

Korkud comprendió en presencia de esta proscripción de cuantas personas pudieran pretender el trono, que con ninguna resignacion podría evitar las asechanzas de su hermano. Trató pues de reunir en torno suyo á los emires y los begs de su gobierno. Pero Selim I, mas pronto para el crimen que Korkud para armarse, se presentó inopinadamente, con pretexto de cazar, á la cabeza de diez mil caballos á las

puertas de Magnesia, Korkud, sorprendido y cercado en la ciudad, solo tuvo tiempo para huir disfrazado por una puerta de sus jardines, que daba al bosque de los plátanos. Acompañado por un amigo fiel, Pialé, llegó á alcanzar un refugio en las montañas del Tekké, desde donde esperaba, como su tio Djem, bajar al mar y huir á Siria. Un resto de su pasada opulencia lo vendió.

Los dos caballeros fugitivos, cubiertos con toscos caftanes, carecian de alimento en la caverna que habitaban hacia dias. Rogaron á un pastor que apacentaba sus cabras en aquellas cercanías que fuese á comprarles pan en un pueblecillo de la llanura. Para que volviese con mas celeridad, Korkud le dió su caballo. Admirados otros pastores del magnífico caballo y la riqueza de su brida, sospecharon que los dos extranjeros eran príncipes ó emires. Los denunciaron á Kasim-Beg, gobernador de Tekké, nombrado por Selim, quien envió algunos soldados para que los trajeran á su palacio. Reconoció á Korkud y dió parte á Selim : el sultan le ordenó llevar los prisioneros á Brusa. Al aproximarse, mandó á Sinan-bajá que saliera al encuentro á su hermano, como para tributar este homenaje á su sangre real. Sinan hizo parar á Korkud en un kiosko imperial del bosque de Brusa á cierta distancia de la capital. La aco-

gida que recibió no presagiaba su suerte al príncipe proscrito. Se acostó en un mismo cuarto con el generoso Pialé, su compañero de estudios y de fuga. Una noche, separó Sinan á Pialé de su amigo, con un pretesto especioso. Korkud, dormido sin desconfianza, fué despertado para oír su sentencia de muerte. Solo pidió una hora de vida para hacer su oracion y escribir el postrer á dios á su hermano y su verdugo. Sinan lo concedió. Korkud, despues de haber orado, escribió á su hermano una carta en verso con completa tranquilidad de ánimo, teniendo ante la vista el cordon fatal. Esta poesía fúnebre, llena de calma, de resignacion, de piedad, atestiguaba la sublime filosofía del príncipe que conservaba hasta en la hora de la muerte el gusto y la serenidad para rimar su postrer suspiro. Al acabar el último verso, tendió él mismo el cuello al verdugo.

Selim I, mas sensible á la elegía de su hermano que á su muerte, sollozó leyendo sus versos. Dispuso un duelo de tres dias para llorar la víctima de la razon de Estado, que acababa de extrangular. Premió la fidelidad de Pialé, amigo inseparable de Korkud, y lo nombró guardian del sepulcro de su amigo. En cuanto á los pastores turcomanos de Tekké, que habian acudido á Brusa para pedir la recompensa de su delacion, hizo crucificar á quince de ellos en el

camino de Brusa, para enseñar á los pueblos, de qué manera remuneran los príncipes, que se aprovechan del crimen, á los cómplices que les han ayudado á consumarlo.

## VIII

La vigilancia del Asia, que temia ver invadida por su belicoso hermano Achmet, lo detenia en Brusa. Achmet, reforzado con treinta mil persas y turcomanos, avanzaba en efecto hácia el corazon de la Anatolia. Ya contorneaba los bosques del monte Olimpo con sesenta mil caballos, arrollando las vanguardias y los bajás del sultan. Brusa temblaba dentro de sus murallas. Selim I, reuniendo todos los genizaros de Europa y todos los tártaros de Seadet-Ghirai, khan de Crimea, aliado suyo, cayó por los dos flancos del monte Olimpo sobre Achmet, y obligándolo á extender su centro, lo rompió con una carga de caballería, que dirigió en persona contra las tiendas de su hermano. El rompimiento del centro causó la derrota de las alas. El caballo de Achmet se desbocó al huir y corria por una senda estrecha al borde de un pan-

tano. La tierra movediza se hundió bajo sus plantas, y Achmet cayó en el foso. Mientras que salia de debajo del caballo, un emir turcomano, Dukaghinghli, que lo perseguia casi solo, se apeó, lo desarmó y le ató los brazos á la cintura. Achmet le ofreció en vano para obtener su libertad, el broche de diamantes que llevaba en su turbante.—Demasiado magnífico es para un simple esclavo del sultan como yo, «respondió irónicamente el bárbaro.» Los turcos acudieron y condujeron á Achmet á la presencia del sultan. Pero Selim I se negó á verlo.

Encerrado en una tienda despues de la batalla, Achmet escribió á su hermano para pedirle, no el trono y la libertad, sino la vida. El sultan fué inexorable. «Decidle,» «respondió al que le trajo la carta, «que un otomano que ha vivido con indigno reposo en Amasia, cuando peleabamos todos por la «religion y la patria contra la rebelion y el cisma «de Scheitankuli, y que, mas mujer que las mujeres gastaba su juventud en su haren, no es digno «de vivir.» Selim I sabia descubrir un crimen en todas las víctimas que queria herir, por toda gracia envió un cordon de oro á Achmet. El sentenciado, para comprar al ménos al morir los honores del sepulcro, se sacó del dedo un anillo que tenia engastada una piedra preciosa estimada por los joye-

ros genoveses de aquella época en un valor igual á la renta anual de toda el Asia Menor. Era un regalo hecho por Bajazet al mas querido de sus hijos. «Entregad, dijo, este anillo al sultan como un recuerdo, ¡pidiéndole perdon por lo poco que vale!» — Y yo voy á darle, «replicó el feroz vencedor, «el único *Sandjak* (feudo) que conviene á un príncipe otomano vencido, el sepulcro.» Achmet, extrangulado horas despues, sin haber vuelto á ver ni á su mujer ni á sus hijas, que habian caido en poder de sus enemigos, fué sepultado con sus cinco nietos en el *turbe*, ó tumba de Amurat II en Brusa.

## IX

Las potencias de Europa y de Asia, exceptuando la Persia, se apresuraron á reconocer por medio de sus embajadores los derechos de la usurpacion, de la victoria y del crimen. Venecia se distinguió por la magnificencia y la adulacion de sus embajadas. La Rusia reparó las desatenciones de su primer embajador con la deferencia y los homenajes de su se-

gundo enviado Alexeief. Vassili, que reinaba entonces en Moscú, recordando al sultan de los turcos su origen tártaro, decia á Selim I en su carta : « Nuestros padres han sido hermanos, ¿porqué no hemos de vivir como hermanos ? » Alexeief cruzó los brazos sobre el pecho al presentarse ante el sultan.

Selim lo hizo acompañar á Moscú por Kemal-Beg, príncipe de Menkub. Kemal entregó á Vassili una carta en árabe y otra en lengua servia. Los rusos y los otomanos celebraron el primer tratado de comercio estipulando una perfecta reciprocidad respecto á la libertad y la seguridad de sus súbditos. La Rusia, que veía ya en perspectiva la conquista y la union de los tártaros de la Crimea á sus posesiones, intentó en vano hacer entrar á Selim en una liga contra los Ghirai, sultanes de este país. Selim I se habia casado con una hija de Menghli Ghirai, amigo y protector de su juventud, mientras gobernaba á Caffa. Eludió toda hostilidad contra los tártaros de Crimea, miembros ya de su familia y fieles auxiliares del imperio. La guerra de Persia agitaba su alma desde sus primeros años. Tenia que vengar tres resentimientos : el uno nacional, la humillacion de las armas de Bajazet II ; el otro religioso, el cisma de los sonnitas y de los schiitas, que desgarraba el islamismo ; el último en fin, enteramente personal, el asilo que la

Persia daba á los hijos de Achmet, sobrinos suyos y pretendientes al trono de los otomanos.

La Persia, tan movable como el Océano en sus destinos dinásticos, exige una nueva mirada del narrador de estos acontecimientos en el momento en que Selim I meditaba contra ella su formidable expedicion de 1514. En aquella sazon se hallaba reunida y gobernada por uno de los príncipes mas guerreros y mas políticos de sus numerosas dinastías, por el schah Ismael Sophi.

La dinastía de los Sophis no debia el trono ni á la conquista, ni á la usurpacion, ni á la adulacion, ni al asesinato, pero á la virtud. Un sabio llamado Saffi-el-Din (ó el hombre de la fé pura), vivia en una condicion privada en el seno de las montañas habitadas por las tribus de pastores de Persia. Este filósofo solitario, heredero de las tradiciones del deismo puro, que habia precedido á la religion de Zoroastro y á la de Mahomet, no adoraba, decia él, mas que al Dios sin símbolo, de quien la naturaleza es la revelacion, la conciencia el oráculo, y la virtud el culto. No obstante, como la religion de Mahoma no profesa en el fondo ningun otro dogma que este deismo práctico, Saffi-el-Din concordaba en esto con el culto nacional, limitándose á depurarlo, á ejemplo de su mismo fundador, de todo aquello que podia manchar

su dogma y su moral, con las supersticiones ó el fanatismo popular. Él la predicaba con sus discursos y mas aun con su santidad, la cual le habia dado por sectarios á todos los que buscan á Dios á través de las fábulas, y la virtud debajo de los errores populares. La Persia, civilizada por tantos siglos de existencia y por tantos recuerdos de las religiones primitivas que, procedentes de la India, se habian infiltrado en sus primeras creencias, estaba mejor preparada que ninguna otra nacion del Oriente para el deismo filosófico, piadoso y práctico de Saffi-el-Din. Su fé se extendia como una claridad en las tinieblas. Sus dogmas sencillos tuvieron tanto mas influjo, cuanto que no se mezclaba en él ninguna ambicion, ningun fanatismo ni intolerancia, y evitaba las grandezas ó las riquezas de la tierra con tanta abnegacion como empeño los buscan otros, en lo que llaman los intereses de la verdad. La reputacion de santidad de este solitario era cosa tan sancionada en Persia en la época de la invasion de Timur-Lenk; que este conquistador, á la cabeza de dos millones de hombres, no se desdeñó de torcer su camino para ir á visitar al sabio en sus montañas. Timur, que buscaba la verdad y que honraba la virtud en todas partes, aun entre sus mismos enemigos los cristianos, á pesar de su mahometismo nacional, escuchó con

humildad y admiracion los dogmas y las máximas de este.

Jefe de pastores ¿qué quereis que os conceda, « le « dijo, en cambio de las verdades súblicas con que « habeis enriquecido mi alma? — Nada para mí, res- « pondió el sophi al señor del mundo; os pido sola- « mente la vida y la libertad de todos los prisioneros « cristianos ó turcos que habeis hecho con vuestras « conquistas. » Timur hizo este sacrificio al sabio caritativo á quien habia ido consultar.

Estos prisioneros, puestos en libertad en Persia por influjo del solitario, se establecieron con sus rebaños en las montañas, y adoptaron por reconocimiento los dogmas de su libertador. A estas tribus de pastores, preservadas de los vicios y de la servidumbre del resto de la Persia, debieron los descendientes del sabio el trono de Ispahan y de Bagdad.

## X

El hijo de Saffi-el-din heredó, como entre los hebreos, la sabiduría y la autoridad moral de su padre. Él recorrió predicando la palabra pura, la Persia y la